

Lord Byron

Manfred



Caín

EDICIÓN, PRÓLOGO Y NOTAS
E. EHRENDOST

Editorial Alastor



Sección: Literatura

Traducciones: E. Ehrendost

Diseño: E. Ehrendost

Ilustración de cubierta:

Manfred y la hechicera de los Alpes
de John Martin (1789-1854)

Lord Byron

Manfred / Caín

1ª ed. - Buenos Aires: Editorial Alastor, 2011

160 p.; 18 x 12 cm.

ISBN 978-987-26668-0-4

1. Teatro inglés I. Título

CDD 822

© Editorial Alastor

<http://editorial-alastor.com.ar>

e-mail: info@editorial-alastor.com.ar

Queda hecho el depósito dispuesto por la ley 11.723

Impreso en Argentina - Printed in Argentine

PRÓLOGO

Mit Byrons Manfred muss ich tief verwandt sein:
ich fand alle diese Abgründe in mir.

Friedrich Nietzsche. *Ecce Homo*.

[«Con el Manfred de Byron debo de estar profundamente emparentado:
todos esos abismos los he encontrado dentro de mí.»]

Manfred

POEMA DRAMÁTICO

There are more things in Heaven and Earth, Horatio,
than are dreamt of in your philosophy.

Shakespeare. *Hamlet*.

[«Hay más cosas en el Cielo y en la Tierra, Horacio,
que las que tu filosofía sueña.»]

ACTO I

ESCENA I

(Una galería gótica. Tiempo: medianoche.

MANFRED, solo.)

MANFRED

Es necesario llenar la lámpara, pero aun así no arderá por tanto tiempo como el que yo debo velar. Mis reposos, si es que reposo, no son sueño, sino una continuación de incesante pensamiento que ya no puedo resistir; en mi corazón hay una perpetua vigilia, y estos ojos sólo se cierran para mirar hacia dentro; y, no obstante, vivo, y tengo el aspecto y la forma de los hombres que respiran. Pero la aflicción debería ser la instructora del sabio; la sabiduría es tristeza: aquellos que más saben deben lamentarse más hondamente sobre la fatal verdad... el árbol del Conocimiento no es el de la Vida. La filosofía y las ciencias, los orígenes de los portentos y el saber del mundo he estudiado, y en mi mente hay un poder para someterlos enteramente a mi antojo, pero no me sirven; he hecho el bien a los hombres, y aun hallé a mi vez el bien entre ellos, pero no me sirvió; he tenido enemigos, y ninguno me abatió, mientras que muchos cayeron ante mí, pero no me sirvió; el bien, o el mal, la vida, las pasiones, el poder, todo lo que veo en los demás ha sido para mí como lluvia sobre las arenas desde aquella hora sin nombre. Nada temo ahora, y sufro la maldición de no tener ni un solo miedo natural, ni aun una intranquila palpitación que me golpee con anhelos, con esperanzas, o con algún oculto amor hacia algo de la tierra. Pero a mi tarea.

ACTO II

ESCENA I

(Una cabaña en medio de los Alpes berneses.
MANFRED y el CAZADOR DE GAMUZAS.)

CAZADOR DE GAMUZAS

No, no, espera, no debes ir más lejos por ahora:
ni tu mente ni tu cuerpo se encuentran aptos
para confiar el uno en el otro, al menos por unas horas;
cuando te encuentres mejor, yo seré tu guía...
pero ¿hacia dónde?

MANFRED

Eso no te importa; conozco
mi camino más que bien, y no necesito guía alguno.

CAZADOR DE GAMUZAS

Tus vestiduras y tus maneras hablan de un alto linaje,
de uno de los muchos jefes cuyos elevados castillos
dominan los valles inferiores; ¿cuál de aquéllos
es el que te tiene por señor? Sólo conozco sus portales;
mi modo de vida muy raramente me conduce abajo,
a calentarme junto a los grandes hogares de esas viejas salas,
bebiendo con los vasallos, si bien los caminos
que llevan desde nuestras montañas hasta sus puertas
me son conocidos desde la infancia. ¿Cuál es el tuyo?

MANFRED

No importa.

CAZADOR DE GAMUZAS

Bien, señor, perdone mi pregunta,
y mejore un poco su humor. Vamos, prueba mi vino;
es de una vieja cosecha; muchas veces
ha deshelado mis venas entre los glaciares: que ahora
lo mismo haga por las tuyas. Vamos, brindemos.

MANFRED

¡Atrás, atrás!, ¡hay sangre en los bordes!
¿Es que nunca... nunca será reabsorbida por la tierra?

CAZADOR DE GAMUZAS

¿Qué estás diciendo? Tus sentidos se hallan extraviados.

MANFRED

Digo que es sangre, ¡mi sangre!, el puro y cálido arroyo que corrió por las venas de mis padres, y por las nuestras mientras estábamos en nuestra juventud, teníamos un solo corazón, y nos amábamos como jamás debimos amar; sangre que fue derramada, pero que aún asciende, tiñendo de rojo las nubes que me prohíben ese cielo en el que tú no estás... y en el que yo no estaré jamás.

CAZADOR DE GAMUZAS

Hombre de extrañas palabras, y de algún enloquecedor pecado que te hace poblar el vacío: cualesquiera sean tu temor y tu sufrimiento, aún puedes encontrar alivio en la ayuda de los hombres santos y en la paciencia de los cielos.

MANFRED

¡Paciencia, paciencia! Déjame: esa palabra fue hecha para bestias de carga, no para aves de presa; predícasela a los mortales nacidos de tu mismo polvo: yo no soy de tu orden.

CAZADOR DE GAMUZAS

¡Al Cielo gracias doy!

No sería de tu orden ni aun por toda la fama de Guillermo Tell; pero, cualquiera sea tu mal, debe ser soportado, y esos ciegos arranques de poco te servirán.

MANFRED

¿Y acaso no lo soporto? Mirame: vivo.

CAZADOR DE GAMUZAS

Eso es convulsión, no una vida saludable.

MANFRED

Te diré, hombre, que he vivido muchos años, muchos largos años, pero no son nada ahora comparados con aquellos que aún debo contar: edades, edades, espacio y eternidad... y conciencia, con una feroz sed de muerte que saciada nunca será.

CAZADOR DE GAMUZAS

Sin embargo, sobre tu frente el sello de la mediana edad apenas ha arraigado: yo soy mucho mayor que tú.

MANFRED

¿Piensas que la existencia depende del tiempo?
Así parece; pero son las acciones nuestras épocas,
y las mías han hecho mis días y mis noches interminables,
eternas, y todas iguales, como las arenas de una playa,
átomos innumerables, un desierto frío y desolado
contra el cual rompen las más salvajes olas
sin que nada quede, salvo cadáveres y ruinas,
rocas, y las saladas algas de la amargura.

CAZADOR DE GAMUZAS

¡Ay!, ¡está loco!; pero no debo dejarlo aún.

MANFRED

Desearía poder estarlo, pues entonces aquello que veo
sería tan sólo el febril delirio de un enfermo.

CAZADOR DE GAMUZAS

¿Y qué es
eso que ves, o que crees estar viendo?

MANFRED

A mí mismo, y a ti, un labriego de los Alpes;
tus humildes virtudes, tu hospitalario hogar
y tu paciente espíritu, piadoso, orgulloso y libre;
tu respeto por ti mismo, nacido de inocentes pensamientos;
tus días de salud y tus noches de reposo; tus trabajos
dignificados por el peligro, aunque libres de culpa;
tus esperanzas de una grata vejez y de una sosegada tumba,
con una cruz y flores sobre su verde hierba
y el amor de tus nietos como epitafio;
todo esto veo... y entonces miro a mi interior..
Mas no importa: ¡mi alma ya estaba perdida desde antes!

CAZADOR DE GAMUZAS

¿Es que querías, entonces, cambiar tu existencia por la mía?

MANFRED

No, amigo. No te haría tal mal, ni cambiaría
mi destino con el de ser vivo alguno: puedo soportar
(si bien miserablemente, sigue siendo soportar)
en vida lo que otros ni aun podrían aguantar soñar,
sino que perecerían en su sueño.

LA HECHICERA

¿Cuál puede ser la búsqueda
que no está en el poder de los más poderosos,
los gobernantes de lo invisible?

MANFRED

Un simple deseo.
Pero ¿por qué habría de repetirlo? Sería en vano.

LA HECHICERA

No lo conozco. Que tus labios lo profieran.

MANFRED

Bien, aunque ello me tortura, me es lo mismo:
mi agonía encontrará una voz. A partir de mi juventud
mi espíritu no caminó con las almas de los hombres,
ni pude ya mirar a la tierra con ojos humanos;
la sed de su ambición no era mía;
la finalidad de su existencia no era mía;
mis alegrías, mis aflicciones, mis pasiones y mis poderes
me hicieron un extraño; aunque llevaba su forma,
no simpatizaba con la carne viviente,
ni entre las criaturas de arcilla que me rodeaban
había sino una... pero de ella luego. Decía
que con los hombres, y con los pensamientos de los hombres,
yo no tenía sino un leve contacto; pero, en cambio,
toda mi dicha se hallaba en lo desolado, en respirar
el difícil aire de las heladas cimas de las montañas,
donde las aves no se atreven a anidar, ni alas de insecto
se agitan sobre la piedra carente de hierba,
o en sumergirme en el torrente y nadar en el veloz
remolino de la ola que acababa de romper,
ya de río o de océano, en su fluir.
En esto encontraban gozo mis tempranas fuerzas,
o en seguir a través de la noche la marcha de la luna,
las estrellas y su revolución, o en atrapar con la mirada
a los deslumbrantes relámpagos hasta que mi vista
se oscurecía, o en observar, escuchando, a las hojas caídas
mientras los vientos del otoño entonaban sus nocturnos cánticos.
Éstos eran mis pasatiempos, y estar solo;
pues si los seres de los que yo era uno,
odiando serlo, se cruzaban en mi camino,
yo me sentía nuevamente degradado a ellos,
y era arcilla una vez más. Y entonces me zambullía,
en mis solitarios vagabundeos, en las cavernas de la muerte,
buscando su causa en su efecto, y sacaba,
de los blancos huesos, los cráneos y el polvo amontonado,

conclusiones de lo más prohibidas. Luego pasé las noches de muchos años en las ciencias, ciencias sólo enseñadas en las edades antiguas; y con tiempo y fatiga, y pruebas terribles, y una penitencia tal como la que en sí misma tiene poder sobre el aire y los espíritus que dominan aire y tierra, el espacio, y el poblado infinito, volví a mis ojos familiares con la Eternidad, así como, antes que yo, lo hicieron los brujos, y aquel que de las fuentes que tenían por morada evocó a Eros y a Anteros, en la remota Gadara,¹ como yo hice contigo; y con mi saber creció mi sed de saber, y el poder y el gozo de esta brillante inteligencia, hasta que...

LA HECHICERA

Prosigue.

MANFRED

¡Oh!, sólo he prolongado así mis palabras, jactándome de estos ociosos atributos, porque mientras me aproximo al núcleo del dolor de mi corazón... pero a mi tarea. No te he mencionado padre, madre, mujer, amigo o ser alguno con quien yo tuviera la cadena de lazos humanos; si he tenido tales, no me lo han parecido a mí. Sin embargo, hubo una...

LA HECHICERA

No te detengas. Prosigue.

MANFRED

Ella era similar a mí en lineamientos; sus ojos, su cabello, sus facciones, todo, hasta aun el mismo tono de su voz, se decía que eran idénticos a los míos, pero todo suavizado, y temperado hacia la belleza; ella tenía los mismos pensamientos y vagabundeos solitarios, la búsqueda de saberes ocultos, y una mente para comprender el universo. Y no todo esto solo, sino unidas a ello facultades mucho más finas que las mías: piedad, y sonrisas, y lágrimas, que yo no tenía; y ternura, que yo sólo para ella podía tener; y humildad, que yo tener nunca podré. Sus faltas eran mías; sus virtudes eran sólo tuyas; yo la amé... y la destruí.

¹ Se refiere al filósofo neoplatónico sirio Jámbrico, a quien se atribuían poderes mágicos.

Cain

UN MISTERIO

ACTO I

ESCENA I

(La tierra fuera del Paraíso. Tiempo: salida del sol.
ADÁN, EVA, CAÍN, ABEL, ADAH y ZILLAH, ofreciendo un sacrificio.)

ADÁN

¡Oh, Dios Eterno, Infinito, Omnisciente!,
tú que de las tinieblas del abismo creaste la luz
sobre las aguas con una sola palabra, ¡alabado seas!
Jehováh, en este nuevo retorno de la luz, ¡alabado seas!

EVA

¡Dios!, tú que diste nombre al día, y que separaste
la mañana de la noche, hasta entonces nunca divididas;
tú que apartaste las aguas de las aguas, y que llamaste
a la mitad de tu creación el firmamento, ¡alabado seas!

ABEL

¡Dios!, tú que ordenaste los elementos
en tierra, océano, aire y fuego, y que con el día
y la noche, y los mundos que ambos iluminan
o ensombrecen, creaste seres para que los disfrutasen
y para que los amaran tanto como a ti, ¡alabado seas!

ADAH

¡Dios Eterno!, ¡Padre de todas las cosas!,
tú que creaste a estos seres sublimes y hermosos
para que fuesen amados por sobre todo salvo tú:
déjame amarlos a ti y a ellos. ¡Alabado seas!

ZILLAH

¡Oh, Dios!, tú que, amando, creando y bendiciendo todo,
aún permitiste a la serpiente penetrar sigilosa
y echar a mi padre fuera del Paraíso terrenal:
libranos de todo nuevo y mayor mal. ¡Alabado seas!

ADÁN
Hijo Caín, mi primogénito, ¿por qué permaneces en silencio?

CAÍN
¿Para qué habría de hablar?

ADÁN
Para rezar.

CAÍN
¿No habéis rezado
ya vosotros?

ADÁN
En efecto, muy fervientemente.

CAÍN
Además de muy fuerte: os he escuchado.

ADÁN
Y también Dios, espero.

ABEL
¡Amén!

ADÁN
Pero tú, mi hijo mayor, sigues en silencio aún.

CAÍN
Creo conveniente permanecer así.

ADÁN
¿Por qué dices eso?

CAÍN
No tengo nada que pedir.

ADÁN
¿Ni nada que agradecer?

CAÍN
No.

ADÁN
¿Acaso no estás vivo?

CAÍN
¿Acaso no debo morir?

EVA
¡Ay, el fruto del árbol prohibido comienza a caer!

ADÁN
Y nosotros debemos recogerlo nuevamente.
¡Oh, Dios!, ¿para qué plantaste el árbol del Conocimiento?

CAÍN
¿Y por qué no comisteis del árbol de la Vida?
Entonces podríais haberlo desafiado.

ADÁN
¡Oh, hijo mío,
no blasfemes!: ésas son palabras de serpiente.

CAÍN
¿Por qué no?
La serpiente dijo la verdad: estaba el árbol del Conocimiento,
y estaba el árbol de la Vida; el conocimiento es bueno,
y también buena es la vida: ¿cómo podían, entonces, ser malos?

EVA
Hijo mío, hablas tal como yo lo hice en el pecado,
antes de que tú nacieras: no me hagas ver renovada
en la tuya mi miseria. Yo ya me he arrepentido.
No me condenes a ver a mi descendencia caer
en engaños al otro lado de los muros del Paraíso,
engaños que incluso dentro de él destruyeron a tus padres.
Conténtate con las cosas como son. Hubiéramos así obrado
nosotros, más que contento estarías tú ahora. ¡Oh, hijo mío!

ADÁN
Bien, hemos terminado nuestras oraciones; partamos,
cada uno a sus tareas de labor, que no son pesadas,
aunque necesarias: la tierra es joven, y nos cede gentilmente
sus frutos con muy poco trabajo.

EVA
Caín, mi hijo,
contempla a tu padre, alegre y resignado,
y haz como hace él.

(Salen ADÁN y EVA.)

CAÍN

¡Es una luz espantosa!

No hay sol, ni luna, ni estrellas innumerables.
El mismo azul de la purpúrea noche asume
un tenebroso matiz crepuscular; y sin embargo, veo
enormes sombras oscuras, muy distintas a los mundos
que antes veíamos, los cuales, rodeados de luz,
parecían llenos de vida, pese a que, cuando sus atmósferas
lumínicas dejaban apreciarlo, algunos tomaban formas
desiguales, de profundos valles y altas montañas,
y otros emitían destellos, y otros mostraban
enormes llanuras líquidas, y otros parecían ceñidos
por cinturones luminosos y lunas flotantes
que ostentaban, como ellos, los rasgos de la bella Tierra;
mas estos de aquí se ven horriblos y tenebrosos.

LUCIFER

Pero nítidos.

¿Deseabas contemplar la muerte y cosas muertas?

CAÍN

No lo deseaba; pero como sé que tales cosas existen,
y que el pecado de mi padre nos ha atado a ambos,
como a todos los que nos hereden, a ellas,
quiero contemplar de una vez lo que algún día
tendré que ver por fuerza.

LUCIFER

¡Contempla!

CAÍN

Sólo hay oscuridad.

LUCIFER

Y así será para siempre; pero será mejor
que abramos los portales.

CAÍN

Sale muchísimo vapor.

¿Qué es esto?

LUCIFER

Entra.

CAÍN

¿Podré retornar?

LUCIFER

Retornarás, puedes estar seguro de ello: ¿de qué otro modo se poblaría la muerte? Su presente reino es pequeño comparado con lo que será gracias a ti.

CAÍN

Las nubes
aún crecen, y forman vastos círculos a nuestro alrededor.

LUCIFER

Avanza.

CAÍN

¿Y tú?

LUCIFER

No temas, sin mí no podrías
haber viajado más allá de tu mundo. ¡Adelante, adelante!

(Ambos desaparecen entre las nubes.)

ESCENA II

(El reino del Hades.

Entran LUCIFER y CAÍN.)

CAÍN

¡Cuán silenciosos y vastos son estos lúgubres mundos!,
pues parecen más de uno, y todos más poblados
que los enormes globos resplandecientes que flotaban
tan apiñadamente en el aire superior,
y a los que había llegado a creer la brillante población
de algún Cielo absolutamente inconcebible
antes que objetos habitados ellos mismos,
hasta que acercándome más pude verlos
creciendo a una palpable inmensidad de materia
que más parecía a propósito para albergar vida
que un ser vivo en sí. Pero en este lugar
todo se ve tan sombrío, lúgubre y tenebroso
que sólo puedo pensar en el pasado.

LUCIFER

Es el reino
de la muerte. ¿Querrías que fuese el presente?

CAÍN

En tanto no sepa de qué se trata, no puedo responder.
Pero si es como he oído a mi padre discurrir
en sus largas homilias, es algo que... ¡Oh, Dios!,
¡no me atrevo a pensar en ello! ¡Maldito sea
aquel que creó una vida que conduce a la muerte,
o la miserable forma de vida que, siendo vida,
no puede retenerla, y debe así perderla,
incluso en los inocentes!

LUCIFER

¿Maldices a tu padre?

CAÍN

¿No me maldijo él a mí al darme mi nacimiento?
¿No me maldijo incluso antes de éste, al atreverse
a probar el fruto prohibido?

LUCIFER

Dices bien:

la maldición entre tú y tu padre es mutua;
pero ¿qué hay de tus hijos y hermano?

CAÍN

¡Que la compartan
conmigo, su hermano y padre! ¿Qué otra cosa
me ha sido legada? Les dejo mi herencia.
¡Oh, vosotros, ilimitados y lóbregos reinos
de fluctuantes sombras y formas enormes,
algunas bien nítidas, otras indistintas, mas todas
inmensas y melancólicas!, ¿qué es lo que sois?
¿Vivís o habéis vivido?

LUCIFER

En cierto modo, ambas cosas.

CAÍN

Entonces ¿qué es la muerte?

LUCIFER

¡Qué! ¿No te ha dicho
aquel que te creó que es otra vida?

CAÍN

Hasta ahora
no ha dicho nada, salvo que todos moriremos.

ÍNDICE

Prólogo.....	7
Obra de Lord Byron.....	22
MANFRED.....	25
<i>Acto I</i>	27
<i>Acto II</i>	39
<i>Acto III</i>	58
CAÍN.....	75
<i>Acto I</i>	77
<i>Acto II</i>	103
<i>Acto III</i>	133